

¿Quién es un buen profesor de traducción? (I)

Empezaremos esta reflexión poniéndonos en la piel del aprendiz, que es a fin de cuentas la razón de que existan profesores de traducción (y de cualquier otra cosa).

Uno de los muchos estudios realizados para llegar al decálogo del buen profesor universitario, en este caso entre antiguos alumnos de la Universidad de Montreal, ofreció los siguientes resultados: los sujetos consideraron que los profesores que más les habían ayudado a progresar en su proceso de aprendizaje (y esto ya es en sí una definición del buen profesor) eran aquellos que, por orden de importancia, reunían las siguientes características:

1. Conoce la materia que enseña (y renueva constantemente este conocimiento).
2. Es metódico y organizado (prepara, organiza y presenta la materia de su curso de forma metódica y estructurada; sintetiza los conceptos).
3. Enlaza la teoría con la práctica.
4. Expone con claridad.
5. Favorece el desarrollo intelectual del estudiante (incita a la investigación, desarrolla el espíritu crítico y la curiosidad intelectual).
6. Le gusta enseñar (le interesa aquello que enseña, es entusiasta).
7. Presenta la materia de forma interesante.
8. Respeta a los estudiantes (sabe establecer un diálogo con los estudiantes, está abierto a sus sugerencias, críticas y opiniones).
9. Evalúa de forma justa (evalúa de forma objetiva e imparcial; precisa el método de evaluación).
10. Tiene disponibilidad (es accesible fuera del horario de clases, se presta a ayudar a los estudiantes y a proporcionarles los recursos necesarios).

Parece obvio que cualquier alumno universitario estará de acuerdo con este decálogo, quizás con pequeñas modificaciones o salvedades. Yo como alumna hubiera dado cualquier cosa por tener profesores así, porque reunir todas esas características en una sola persona parece utópico...

La realidad que yo puedo relatar como estudiante de la entonces flamante Licenciatura en Traducción e Interpretación (año 1992), y que de hecho fue, en parte, lo que me impulsó a hacer el doctorado y terminar ejerciendo de profesora de traducción en una facultad, es bastante distinta a esa utopía, y recoge situaciones de todo tipo, unas que recuerdo con mucho cariño y que fueron grandes impulsoras del pensamiento independiente y crítico, por ejemplo, y otras circunstancias cuanto menos paradójicas, como el hecho de estar recibiendo malas calificaciones en la asignatura de traducción y sin embargo estar ganándome la vida como traductora al mismo tiempo.

La concienzuda reflexión sobre esta paradoja, que me llevaba a pensar que quizás yo había dado casualmente con clientes poco exigentes o con textos "fáciles", cosa que tras trece años de profesión he descartado (recuerdo las conversaciones sobre el tema con muchos de mis compañeros de estudios, algunos de los cuales trabajan ahora como intérpretes en Bruselas, como traductores en Naciones Unidas o en editoriales de reconocido prestigio, por ejemplo), terminó llevándome a la conclusión de que el problema es la gran distancia que separa lo que quiere el alumno de lo que le ofrece el profesor y al revés, es decir, la diferencia entre lo que el profesor quiere recibir del alumno y lo que el alumno le ofrece.

Quizás esté generalizando demasiado alegremente, pero mi percepción, entonces como alumna y ahora como profesora, es que el alumno quiere aprender a traducir, ser capaz de enfrentarse por sí solo a un texto, a un cliente y a un encargo de traducción real, en una palabra, poder ganarse la vida traduciendo; mientras que el profesor, en ocasiones, quiere conseguir que el alumno traduzca como él, aún no siendo él.